

DOMINGO 5º de CUARESMA. Ciclo A

### ***“Jesús: vida del mundo”***

Ya casi a la puertas de la Semana Santa damos un paso más en nuestra preparación catequética para introducirnos en el gran misterio bautismal de la Pascua. Y al hilo de las lecturas, hoy contemplamos a Cristo como nuestra resurrección y nuestra vida. Si aceptamos el don de Dios y nos dejamos iluminar por él, veremos que las consecuencias que se derivan de su adhesión a su persona es la Vida, una vida en resurrección, una vida plena y eterna a la cual renacimos por el baño del bautismo, y que nos disponemos a renovar en la noche de la Pascua.

¿Tiene el hombre algo más importante que la vida?: NO. La vida es lo más radicalmente serio que tenemos. La amamos apasionadamente, la buscamos sin pausa, como si se nos escapara. ¿Quién no desea vivir frenéticamente su vida?. Por lo vida se es capaz de dar todo, hasta la propia vida. Estamos llamados no solo a vivir, sino a ser defensores de la vida.

**¿Qué pasa en nuestro mundo?** ¿Cómo vives tu amistad con los demás?. Amigo significa intimidad y cariño, una de las cosas más bonitas que se da entre las personas, algo que se debe cultivar. El que tiene un verdadero amigo es Lázaro; el que tiene un verdadero amigo también tiene a Jesús como amigo.

Piensa en tus amigos, ¿cómo son tus relaciones con ellos?.

Hoy, quinto domingo de Cuaresma, **la Palabra de Dios nos dice:**

**En la primera lectura** (del libro de Ezequiel) son impresionantes las palabras que se proclaman, tanto por la ternura en que se expresan como por la audacia de la promesa.

Estas palabras y estas promesas siguen siendo hoy necesarias. ¡Cuántos sepulcros y cuánta muerte! ¡Cómo se necesita una fuerte sopro de espíritu de vida!

**En la carta a los Romanos** san Pablo nos muestra cómo la promesa profética de vida, aquí se hace más personal y más íntima. Se anuncia que el Espíritu de Vida habita en nosotros. No es sólo un sopro liberador, sino un sopro permanente que vive en nuestro interior. Este Espíritu nos vivifica y nos vivificará, nos cura de las heridas mortales, nos levanta cuando estamos derrotados.

**En el pasaje evangélico** no sabemos qué admirar más en Jesús: sus sentimientos humanos o su poder divino, al Jesús que llora o al que se proclama “resurrección-vida”. Ambas dimensiones nos convencen de su verdad.

**Para nuestra vida cristiana.** La fe en la resurrección de la carne forma parte de nuestro credo; así en la visión de Ezequiel se expresa de forma muy plástica como el Señor insuflando su Espíritu es capaz de dar vida a lo que parecía muerto. Por nuestra adhesión a Jesucristo el espíritu habita en nosotros, un espíritu que vivificará nuestros cuerpos mortales como dice el apóstol. El episodio de la resurrección de Lázaro

adelanta lo que será la resurrección de Jesús, aunque de manera distinta, pues la resurrección del Señor es una victoria plena sobre la muerte y el pecado.

Pensemos en la muerte que hoy día se está dando en nuestro mundo: hambre, accidentes, drogas, violencia de género... ¿Cuántas muertes se podrían evitar? ¿Cómo se podría hacer? **DIOS QUIERE LA VIDA, DIOS QUIERE ABRIR SEPULCROS,** cada uno de nuestros sepulcros para que podamos vivir.

Por tanto, es necesario reconocer nuestros sepulcros. ¿Qué circunstancias, situaciones, pecados estructurales o personales, me esclavizan, me hacen vivir como en la tumba, como un muerto? ¿Qué apaga o acaba con mi esperanza? ¿Qué daña o destruye mi vida y la de los demás? Hasta ahí quiere llegar Dios, hasta ahí puede llegar Dios. ¿Hasta ahí quiero dejar entrar a Dios?

Ponerse ante nuestros abismos personales no es fácil. Nos da vértigo, miedo, nos hace tomar conciencia de nuestra terrible fragilidad. Pero hoy, en puertas ya de la Pascua, esa situación se convierte en lugar de encuentro con el Señor, en lugar de salvación. Contemplemos hoy al Señor delante de nuestros propios sepulcros, de esos concretos que a cada uno más nos duelen; y escuchémosle decirnos “*quítate la losa*” y gritarnos con voz potente: “*ven fuera*”. Atrevámonos a que el Señor toque nuestras heridas más hondas, las que nos avergüenzan, las que ocultamos a todos y creemos que no podemos curar. Quizá entonces se desate en nosotros, de manera radicalmente nueva, la fe.

*Recordemos hoy a nuestro Seminario y sus seminaristas que llamados por Cristo se están preparando para ser sacerdotes, siendo conscientes de que las vocaciones son un signo de vitalidad eclesial y que nuestra Iglesia diocesana las necesita, por eso colaboremos espiritual y materialmente por el fomento y cuidado de las vocaciones sacerdotales en nuestra diócesis.*

*Avelino José Belenguer Calvé.  
Delegado episcopal de Liturgia.*